

Chigozie Obioma

## Los pescadores

Traducción del inglés de Dora Sales

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Un homenaje  
para mis hermanos (y hermanas),  
el «batallón».*

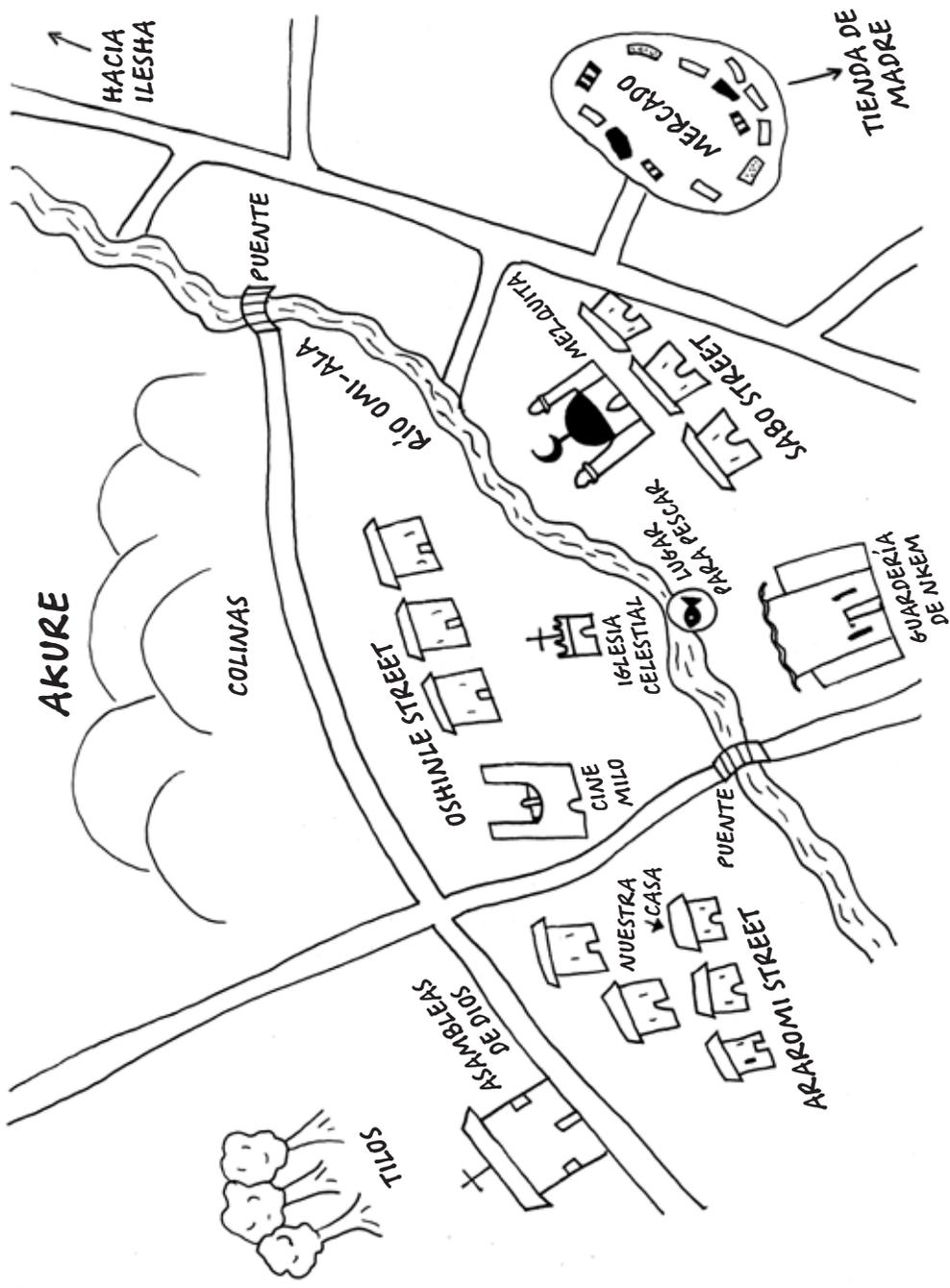
*Los pasos de un hombre no pueden crear una estampida.*

PROVERBIO IGBO

*El loco entra en nuestra casa con violencia,  
profanando nuestras tierras sagradas,  
reivindicando la única verdad del universo,  
doblegando con acero a nuestros sumos sacerdotes.  
¡Ah! Sí, los niños,  
que caminaban sobre las tumbas de nuestros antepasados,  
serán destrozados por la locura,  
les crecerán dientes de lagarto,  
se devorarán unos a otros ante nuestros ojos.  
Y, por orden antigua,  
¡está prohibido detenerlos!*

MAZISI KUNENE<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Mazisi Kunene (1930-2006) fue un poeta sudafricano reconocido por su lucha contra el *apartheid* tanto en África como en Europa. (*N. de la T.*)



# 1

## Pescadores

Éramos pescadores.

Mis hermanos y yo nos hicimos pescadores en enero de 1996, después de que nuestro padre se mudase de Akure, una ciudad al oeste de Nigeria, donde habíamos vivido juntos toda nuestra vida. Su jefe, el Banco Central de Nigeria, lo trasladó a una sucursal en Yola —una ciudad en el norte, que en camello estaba a una distancia de más de mil kilómetros— la primera semana de noviembre del año anterior. Recuerdo la noche que Padre volvió a casa con la carta de su traslado; era viernes. Del viernes al sábado, Padre y Madre mantuvieron negociaciones susurradas, como sacerdotes en un santuario. El domingo por la mañana, Madre renació como un ser distinto. Había adquirido la manera de caminar de un ratón mojado, desviando la mirada mientras deambulaba por la casa. Ese día no fue a la iglesia, sino que se quedó en nuestro hogar, y lavó y planchó una pila de ropa de Padre, luciendo una tristeza impenetrable en el rostro. Ninguno de los dos nos dijo ni una palabra a mis hermanos y a mí, tampoco nosotros preguntamos. Mis hermanos —Ikenna, Boja, Obembe— y yo habíamos llegado a entender que cuando los dos ventrículos de nuestra casa —nuestro padre y nuestra madre— guardaban silencio, de igual forma en que los ventrículos del corazón retienen la sangre, podríamos inundar la casa si los agitábamos. De modo que, en momentos así, evitábamos el televisor que había en la estantería de ocho baldas, en el salón. Nos quedábamos en nuestras habitaciones, estudiando o fingiendo estudiar, preocupados pero

sin hacer preguntas. Mientras estábamos allí, asomábamos las antenas para captar lo que pudiésemos de la situación.

Al anochecer del domingo, comenzaron a caer migajas de información del soliloquio de Madre, como restos del plumaje de un pájaro de penacho abundante.

—¿Qué clase de trabajo aleja a un hombre de la crianza de sus hijos? Incluso aunque hubiese nacido con siete manos, ¿cómo podría cuidar sola de estos niños?

Aunque estas preguntas febriles no se dirigían a nadie en particular, sin duda estaban destinadas a los oídos de Padre. Él estaba sentado solo en una butaca del salón, con la cara cubierta por un ejemplar de su periódico favorito, *The Guardian*, medio leyendo y medio escuchando a Madre. Y aunque había escuchado todo lo que ella había dicho, Padre siempre hacía oídos sordos a las palabras que no se dirigían a él directamente, del tipo al que a menudo se refería como «palabras cobardes». Tan solo seguía leyendo, parándose de vez en cuando para reprender o aplaudir en voz alta algo que había visto en el periódico —«Si hay justicia en el mundo, Abacha debería de ser llorado pronto por la bruja de su mujer», «¡Guau, Fela es un dios! ¡Santo cielo!», «¡Deberían despedir a Reuben Abati!»—, cualquier cosa para dar la impresión de que las quejas de Madre eran vanas; lamentos a los que nadie estaba prestando atención.

Antes de que nos durmiésemos aquella noche, Ikenna, que tenía casi quince años y en quien confiábamos para interpretar la mayoría de las cosas, insinuó que iban a trasladar a Padre. Boja, un año menor que él, que se habría sentido poco inteligente si pareciera no tener ni idea de la situación, dijo que lo que debía de suceder es que Padre iba a viajar al extranjero, a un «mundo occidental», como a menudo temíamos que hiciese algún día. Obembe, que con once años tenía dos más que yo, no se había formado ninguna opinión. Yo tampoco. Pero no tuvimos que esperar mucho.

La respuesta llegó a la mañana siguiente, cuando Padre apareció de pronto en la habitación que yo compartía con Obembe. Llevaba una camiseta marrón. Dejó sus gafas sobre la mesa, un gesto que demandaba nuestra atención.

—Voy a vivir en Yola desde hoy, y no quiero que le deis ningún problema a vuestra madre.

Su rostro se retorció al decir esto, de la forma en que lo hacía siempre que quería que el miedo nos persiguiese. Habló despacio, con la voz más profunda y grave, cada palabra se clavó veintidós centímetros en las vigas de nuestra mente. De esa forma, si nos moviéramos y desobedeciésemos, él nos haría invocar el momento exacto en que nos dio la orden con todo detalle, con la sencilla frase: «Os lo dije».

—La llamaré a menudo, y si oigo cualquier mala noticia —levantó el dedo índice para reforzar sus palabras—, quiero decir, cualquier cosa rara..., tendréis una «recompensa».

Dijo «recompensa» —una palabra con la que enfatizaba una advertencia o recalcaba el castigo por alguna mala acción— con tanto vigor que se le hincharon las venas a ambos lados de la cara. Esta palabra, una vez pronunciada, a menudo completaba el mensaje. Sacó dos billetes de veinte nairas<sup>2</sup> del bolsillo delantero de su abrigo y los dejó caer sobre nuestro escritorio.

—Para los dos —dijo, y salió de la habitación.

Obembe y yo seguíamos sentados en la cama, intentando darle sentido a todo aquello, cuando oímos a Madre hablándole fuera de casa en voz tan alta que parecía que él ya estuviese muy lejos.

—Eme, acuérdate de que aquí tienes niños que están creciendo —dijo—. Te lo advierto, ¿eh?

Continuaba hablando cuando Padre arrancó su Peugeot 504. Al oírlo, Obembe y yo salimos corriendo de nuestra habitación, pero Padre ya estaba cruzando la puerta. Se había ido.

Siempre que pienso en nuestra historia, en cómo aquella mañana marcaría la última vez que vivimos juntos, todos, como la familia que siempre habíamos sido, empiezo —incluso dos décadas después— a desear que no se hubiese marchado, que jamás hubiese recibido aquella carta de traslado. Antes de que llegase aquella carta, todo estaba en su sitio: Padre iba a trabajar cada mañana y Madre, que tenía un puesto de alimentos frescos en el

<sup>2</sup> Moneda oficial de Nigeria. (*N. de la T.*)

mercado, se ocupaba de mis cinco hermanos y de mí, que, como los hijos de la mayoría de familias en Akure, íbamos a la escuela. Todo seguía su curso natural. Pensábamos poco en los hechos pasados. Entonces el tiempo no significaba nada. Los días llegaban con nubes que colgaban del cielo llenas de tazas de polvo en la época seca, y el sol se prolongaba hasta la noche. Era como si una mano trazase dibujos confusos en el cielo durante la época de lluvia, cuando el agua caía en diluvios que vibraban con espasmos de tormenta durante seis meses ininterrumpidos. Como las cosas seguían este esquema conocido y estructurado, ningún día merecía la pena recordarse en especial. Todo lo que importaba era el presente y el futuro previsible. Los destellos del mismo llegaban en su mayor parte como una locomotora rodando por vías de esperanza, con carbón negro en el corazón y un bocinazo fuerte, gigante. A veces estos destellos llegaban en sueños o en el vuelo de pensamientos fantasiosos que susurraban por tu mente —seré piloto, o presidente de Nigeria, un tipo rico, tendré helicópteros—, porque el futuro es lo que hacemos de él. Era un lienzo en blanco sobre el que se podía imaginar cualquier cosa. Pero el traslado de Padre a Yola cambió la ecuación: el tiempo, las épocas y el pasado empezaron a importar, y comenzamos a añorarlo y ansiarlo incluso más que el presente y el futuro.

Padre empezó a vivir en Yola desde aquella mañana. El teléfono verde que había en casa, que sobre todo se había usado para recibir llamadas del señor Bayo, un amigo de la infancia de Padre que vivía en Canadá, se convirtió en la única forma de contactar con él. Madre aguardaba nerviosamente sus llamadas y marcaba los días que él telefoneaba en el calendario de su habitación. Siempre que Padre se saltaba un día del calendario, y Madre ya había agotado su paciencia esperando, por lo general ya entrada la medianoche, se desataba el nudo en el dobladillo de su *wrappa*<sup>3</sup>, sacaba un papel arrugado en el que había garabateado su número de teléfono, y marcaba sin parar hasta que él contesta-

<sup>3</sup> La parte de abajo de un conjunto de ropa femenina en varios países africanos. Extendido parece solo un trozo de tela rectangular, pero se coloca alrededor de la cintura a modo de falda. (*N. de la T.*)

ba. Si seguíamos despiertos, nos apiñábamos a su alrededor para oír la voz de Padre, insistiéndole para que lo presionase y nos llevase con él a la ciudad nueva. Pero Padre se negaba constantemente. Yola, repetía, era una ciudad inestable con una historia de frecuente violencia a gran escala, en especial hacia la gente de nuestra tribu, los igbo. Seguimos presionándolo hasta que estallaron los sangrientos disturbios sectarios en marzo de 1996. Cuando Padre se puso por fin al teléfono, nos contó —con el sonido de disparos esporádicos que eran audibles de fondo— cómo escapó de la muerte por poco cuando los amotinados atacaron su distrito, y cómo una familia entera fue masacrada en su casa, en la calle frente a la suya. «¡Niños pequeños asesinados como aves de corral!», dijo, poniendo mucho énfasis al decir «niños pequeños», de forma que nadie sensato pudiera atreverse a mencionar de nuevo la idea de mudarse con él. Y así fue. Padre convirtió en costumbre venir de visita un fin de semana sí y otro no, con su Peugeot 504, polvoriento, agotado por el viaje de quince horas. Esperábamos impacientes aquellos sábados en los que su coche hacía sonar la bocina en la entrada, y nos apresurábamos para abrirle, todos ansiosos por ver qué chuchería o qué regalo nos había traído esa vez. Después, cuando poco a poco nos acostumbremos a verlo cada pocas semanas o así, las cosas cambiaron. Su figura descomunal, que se apropiaba del decoro y la calma, menguó paulatinamente hasta tener el tamaño de un guisante. Su arraigada rutina de serenidad, obediencia, estudio y siesta obligatoria —un hábito de nuestra vida cotidiana durante tanto tiempo— poco a poco perdió su fuerza. Se desplegó un velo sobre sus ojos que todo lo veían, que creíamos que eran capaces de darse cuenta incluso de la más leve cosa incorrecta que hiciésemos en secreto. A comienzos del tercer mes, su largo brazo, que a menudo manejaba el látigo, el instrumento de advertencia, se quebró como la rama cansada de un árbol. Entonces, nos liberamos.

Dejamos nuestros libros en la estantería y salimos a explorar el mundo sagrado fuera de aquel que estábamos acostumbrados. Nos aventuramos hasta el campo de fútbol del barrio, donde la mayoría de los chicos de la calle jugaban al fútbol todas las tardes. Pero esos chicos eran una manada de lobos; no nos dieron la

bienvenida. Aunque no conocíamos a ninguno de ellos (excepto a uno, Kayode, que vivía a unas cuantas manzanas de nosotros), aquellos chicos sí conocían a nuestra familia y a nosotros, sabían hasta los nombres de nuestros padres, y nos insultaban constantemente y nos machacaban a diario con azotes verbales. A pesar de las asombrosas habilidades de Ikenna para regatear, y las maravillas de Obembe como portero, nos tildaban de «aficionados». Además, se burlaban a menudo de que nuestro Padre, «el señor Agwu», fuese un tipo rico que trabajaba en el Banco Central de Nigeria, y que nosotros fuésemos chicos privilegiados. Adoptaron un apodo curioso para Padre, Baba Onile, por el personaje principal de una popular telenovela yoruba que tenía seis mujeres y veintiún hijos. Así, con aquel nombre pretendían burlarse de Padre, cuyo deseo de tener muchos hijos se había convertido en una leyenda en el barrio. También era el nombre yoruba de la mantis religiosa, un insecto esquelético, verde y feo. No podíamos permitir esos insultos.

Ikenna, viendo que nos superaban en número y que no habríamos ganado en una pelea contra ellos, les suplicó repetidamente, como suelen hacer los niños cristianos, para que se abstuviesen de insultar a nuestros padres, que no les habían hecho nada. Pero ellos continuaron, hasta una tarde en que Ikenna, enfurecido al escuchar el apodo, le dio un cabezazo a un chico. En un movimiento rápido, el chico le propinó una patada a Ikenna en el estómago y cayó sobre él. Por un instante fugaz, los pies de ambos dibujaron una espiral imperfecta sobre el campo polvoriento, mientras rodaban juntos. Pero, al final, el chico derribó a Ikenna y le tiró un puñado de tierra a la cara. Los otros vitorearon y levantaron al chico, y sus voces se fundieron en un coro victorioso lleno de buuus y uuus. Aquella tarde nos fuimos a casa sintiéndonos derrotados, y nunca volvimos allí.

Después de esa pelea, nos cansamos de salir. A sugerencia mía, le rogamos a Madre que convenciese a Padre para que liberase la consola para jugar a *Mortal Kombat*, que él había incautado y escondido en alguna parte el año anterior, después de que Boja —que era conocido por ser habitualmente el número uno en su clase— volviese a casa con un veinticuatro garabateado en rojo

en su boletín de notas, y la advertencia: «Es posible que se repita». Ikenna no corrió mejor suerte; su nota fue dieciséis sobre cuarenta y llegó con una carta personal para Padre de parte de su profesora, la señora Bukky. Padre leyó la carta en voz alta tan enfadado que las únicas palabras que oímos fueron «¡Santo cielo! ¡Santo cielo!», que repetía como un estribillo. Confiscó los juegos y aisló para siempre los momentos que a menudo nos hacían dar vueltas por la emoción, gritando y soltando alaridos cuando el comentarista invisible del juego ordenaba «Acaba con él», y el duende conquistador daba golpes bestiales al duende derrotado, bien subiéndolo al cielo a patadas o cortándolo en pedazos en una explosión grotesca de huesos y sangre. La pantalla anunciaba «muerte» con letras como llamas. En una ocasión, Obembe —en medio del acto de estar aliviándose— salió corriendo tan solo para estar ahí y poder unirse a nosotros y gritar «¡Es mortal!», con un acento norteamericano que imitaba la voz en *off* de la consola. Más tarde, Madre lo castigó cuando descubrió que, sin darse cuenta, había dejado caer excremento sobre la alfombrilla.

Frustrados, intentamos de nuevo encontrar una actividad física para ocupar el tiempo después de clase, ahora que estábamos libres de las reglas estrictas de Padre. Por eso juntamos a amigos del vecindario para jugar al fútbol en el claro que había detrás de nuestro recinto. Trajimos a Kayode, el único chico que habíamos conocido en la manada de lobos con la que jugábamos en el campo de fútbol del barrio. Tenía una cara andrógina y permanente sonrisa afable. Igbafe, nuestro vecino, y su primo, Tobi —un chico medio sordo que ponía al límite tus cuerdas vocales solo con preguntar: «*Jo, kini o nso?*» («Por favor, ¿qué has dicho?»)— también se unieron a nosotros. Tobi tenía unas orejas grandes que no parecían ser parte de su cuerpo. Apenas se ofendía —quizá porque a veces no podía oír, pues nosotros solíamos susurrar— cuando lo llamábamos Eleti Ehoró, «el que tiene orejas de liebre». Corríamos a lo largo y ancho del campo, luciendo camisetas de fútbol baratas y otras en las que habíamos impreso nuestros apodos futbolísticos. Jugábamos como si estuviésemos desquiciados, a menudo lanzando la pelota a las casas vecinas, y embarcándonos en intentos fallidos por recuperarla.

Muchas veces, llegábamos a los sitios solo para ver cómo los vecinos pinchaban la pelota, sin hacer caso a nuestras súplicas para que nos la devolviesen, porque la pelota había dado a alguien o había roto algo. Una vez, la pelota voló sobre la valla de un vecino, golpeó a un minusválido en la cabeza y lo tiró de la silla. En otra ocasión, hizo añicos el cristal de una ventana.

Cada vez que nos dejaban sin pelota, poníamos dinero y comprábamos una nueva, menos Kayode que, procedente de la extensa población sumamente pobre de la ciudad, no podía permitirse ni siquiera un kobo<sup>4</sup>. A menudo vestía pantalones cortos gastados y rotos, y vivía con sus ancianos padres, los líderes espirituales de la pequeña Iglesia Cristiana Apostólica, en un inacabado edificio de dos plantas justo al girar la calle que iba hacia la escuela. Como no podía aportar, rezaba por cada pelota, pidiéndole a Dios que nos ayudase a mantenerla por más tiempo, evitando que se saliese del campo.

Un día, compramos una pelota blanca, nueva y estupenda, con el logo de los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996. Después de que Kayode rezase, nos pusimos a jugar, pero apenas una hora más tarde Boja dio un puntapié que la hizo aterrizar en el recinto vallado de un médico. La pelota hizo pedazos una de las ventanas de la lujosa casa, con estruendo, lanzando a un vuelo frenético a dos palomas que dormían en el tejado. Esperamos a cierta distancia, para tener espacio suficiente para huir en caso de que saliese alguien a perseguirnos. Al cabo de mucho rato, Ikenna y Boja empezaron a acercarse al edificio mientras Kayode se arrodillaba y rezaba pidiendo la intervención de Dios. Cuando los emisarios llegaron al recinto, el médico, como si ya los estuviese esperando, les dio caza, haciendo que todos corriésemos a toda mecha para escapar. Supimos, al llegar a casa aquella tarde, jadeando y sudando, que habíamos terminado con el fútbol.

Nos hicimos pescadores cuando Ikenna, a la vuelta del colegio a la semana siguiente, hizo estallar la nueva idea. Fue en 1996, a

<sup>4</sup> Centésima parte de un naira. (*N. de la T.*)

finales de enero, porque recuerdo que el decimocuarto cumpleaños de Boja, que era el 18 de enero, se había celebrado aquel fin de semana con tarta casera y refrescos que sustituyeron la cena. Sus cumpleaños marcaban el «mes de la misma edad», un periodo de un mes en el que de forma temporal tenía la misma edad que Ikenna, que nació el 10 de febrero, pero un año antes que él. Un compañero de clase de Ikenna, Solomon, le había hablado de los placeres de la pesca. Ikenna describió cómo Solomon había dicho que ese deporte era una experiencia emocionante y también gratificante, porque podía vender parte del pescado y conseguir unos pequeños ingresos. Ikenna estaba incluso más intrigado, porque la idea había despertado la posibilidad de resucitar a Yoyodon, el pez. El acuario, que una vez estuvo al lado de la televisión, había alojado a un pez *Symphysodon* increíblemente hermoso que era una colonia de colores: marrón, violeta, púrpura e incluso verde claro. Padre llamó Yoyodon al pez, después de que Obembe soltase una palabra parecida al intentar pronunciar *Symphysodon*, el nombre de la especie a la que pertenecía el pez. Padre retiró el acuario después de que Ikenna y Boja, en una misión compasiva por liberar al pez de su «agua sucia», la vertiesen y la reemplazasen por agua mineral limpia. Luego regresaron para darse cuenta de que el pez ya no podía levantarse de entre la fila de piedrecitas y corales relucientes.

En cuanto Solomon le habló a Ikenna de la pesca, nuestro hermano juró que capturaría un nuevo Yoyodon. Al día siguiente se fue con Boja a casa de Solomon, y volvió delirando sobre *este* pez y *aquel* pez. Compraron dos sedales con anzuelo en algún sitio que les indicó Solomon. Ikenna los dispuso sobre la mesa de la habitación de ambos y explicó cómo se usaban. Los sedales con anzuelo eran una vara larga de madera con una cuerda parecida al hilo sujeta en el extremo. Las cuerdas tenían anzuelos de hierro en el extremo, y era en esos anzuelos, dijo Ikenna, donde se ponían los cebos —lombrices, cucarachas, migajas de comida, lo que fuese— para atraer a los peces y atraparlos. Desde el día siguiente, y durante una semana entera, salían corriendo todos los días de la escuela y recorrían con dificultad el largo y tortuoso camino hasta el río Omi-Ala, en el extremo de nuestro distrito,

para pescar, cruzando un claro que había detrás de nuestro recinto, que apestaba durante la época de lluvias y servía de hogar a una familia de cerdos. Iban acompañados de Solomon y otros chicos del barrio, y volvían con latas llenas de pescado. Al principio, no dejaban que Obembe y yo fuésemos con ellos, aunque se nos despertó el interés cuando vimos los peces pequeños y coloridos que traían. Entonces, un día, Ikenna nos dijo a Obembe y a mí: «¡Seguidnos, y os haremos pescadores!»... Y los seguimos.

Todos los días después de la escuela empezamos a ir al río con otros niños de la calle, en una procesión liderada por Solomon, Ikenna y Boja. Ellos tres a menudo ocultaban los sedales con anzuelo entre harapos o *wrappas* viejos. El resto —Kayode, Igbafe, Tobi, Obembe y yo— llevábamos bártulos que iban desde mochilas con la ropa para pescar a bolsas de nailon con lombrices y cucarachas muertas que usábamos como cebo, y latas de bebida vacías en las que poner el pescado y los renacuajos que cogíamos. Caminábamos juntos hacia el río, pasando por veredas llenas de arbustos repletos de bancos de ortigas muy espinosas que nos azotaban las piernas desnudas y nos dejaban verdugones blancos en la piel. El azote de las ortigas se correspondía con el extraño nombre botánico de la hierba que predominaba en la zona, *esan*, la palabra en yoruba para castigo o venganza. Recorríamos el sendero en fila de a uno y cuando ya habíamos pasado por donde esas hierbas, corríamos hacia el río como locos. Los más mayores, Solomon, Ikenna y Boja, se ponían su ropa sucia para pescar. Entonces se quedaban de pie cerca del río, sujetando sus sedales en alto sobre el agua para que los anzuelos con cebo desapareciesen en ella. Pero aunque pescasen como hombres de antaño que conocían el río desde la cuna, principalmente solo conseguían unos pocos capellanes de un palmo, o algunos bacalao marrones que eran mucho más difíciles de coger, y, rara vez, algunas tilapias. Los demás tan solo sacábamos renacuajos con las latas de bebida. Me encantaban los renacuajos: sus cuerpos resbaladizos, cabezas exageradas, y cómo parecían no tener casi forma definida, como si fuesen una versión de las ballenas en miniatura. De manera que observaba con asombro cómo colgaban suspendidos bajo el agua, y cómo se me ennegrecían los dedos al

frotar la pastosidad gris que les hacía brillar la piel. A veces recogíamos conchas de coral o conchas vacías de artrópodos muertos mucho tiempo atrás. Nos llevábamos caracolas redondas con forma de espirales primitivas, el diente de alguna bestia —que llegamos a creer que pertenecía a alguna época pasada, porque Boja sostuvo con vehemencia que era de un dinosaurio y se lo llevó a casa—, pedazos de la piel mudada de una cobra, desechada justo en la orilla del río, y cualquier cosa de interés que pudiésemos encontrar.

Solo una vez cogimos un pez lo bastante grande como para venderlo, y a menudo pienso en aquel día. Solomon sacó aquel pez descomunal, que era más grande que cualquier cosa que hubiésemos visto nunca en el Omi-Ala. Después Ikenna y Solomon se fueron al mercado cercano, y volvieron al río al cabo de poco más de media hora con quince nairas. Mis hermanos y yo regresamos a casa con los seis nairas que nos correspondieron de la venta, con una alegría sin límites. Empezamos a pescar más en serio desde entonces, y nos quedábamos despiertos hasta muy tarde por las noches para charlar sobre la experiencia.

Nuestra pesca se desarrollaba con gran fervor, como si una audiencia leal se congregase a diario a la orilla del río para observarnos y animarnos. No nos importaban el olor del agua de helechos, los insectos alados que se reunían en tropel alrededor de la orilla cada tarde, y la visión nauseabunda de las algas y las hojas que componen un mapa de naciones complejas en el extremo más alejado de la orilla del río, donde árboles varicosos se hunden en el agua. Íbamos todos los días con latas corroídas, insectos muertos, lombrices tiernas, básicamente vestidos con andrajos y ropa vieja. Porque nos divertía mucho pescar, a pesar de las dificultades y las escasas ganancias.

Cuando miro atrás hoy, que es algo que hago más a menudo ahora que yo mismo tengo hijos, me doy cuenta de que fue durante uno de esos viajes al río cuando nuestras vidas y nuestro mundo cambiaron. Porque fue ahí cuando el tiempo empezó a importar, en aquel río donde nos hicimos pescadores.